

con los grandes hombres, muertos y vivos, de la patria? ¿quién pone a la juventud en la buena causa suscitando en su seno la discusión de los grandes problemas del día y le ayuda a interpretar la sociedad en que vive? ¿quién da a la multitud ilustrada, esto es, a los que hacen la cultura del país, su aire de familia, su fondo común, otorgando, en fin, ese título sin pergaminos de la cordura, de la honradez y del patriotismo?

A la hora presente, puede calcularse que medio millón de jóvenes en los Estados Unidos pasan la vida fuera de sus casas. Viven en los colegios y universidades, y su existencia transcurre, es el momento de decirlo, en mejores condiciones que en sus propios hogares. El hogar es, socialmente, un islote: podrá educar las maneras y los gestos; podrá cultivar la mente mediante el libro cuya acción cabe en el aislamiento más completo; podrá edificar con el ejemplo de la virtud doméstica y podrá, por fin, embalsamar la vida con el delicioso perfume de la familia. Pero ¡ay! la sociedad moderna exige algo más de sus miembros, y el hogar constituye un escenario demasiado estrecho para desenvolver las aptitudes reclamadas por aquellas exigencias. El individuo de las sociedades modernas debe haber aprendido a vivir en la compañía de sus iguales, a reconocer el mérito ajeno, a aplicar el propio juicio, a sacar el mayor provecho posible de la originalidad, de la iniciativa, de la perseverancia, a conocer los hombres, a tolerar sus debilidades y ayudarlos a sacar el mayor partido de sus cualidades positivas.

Por eso, no os asombre el ver las universidades americanas instaladas en plena Naturaleza, lejos de los lugares poblados. Aquellos centros de estudio son verdaderas ciudades donde se vive en un ambiente depurado y noble. Es con frecuencia un mundo nuevo, un mundo de optimismo y de ideal dentro del vasto

mundo de las realidades crudas. Imaginad una población universitaria de cuatro o cinco mil estudiantes, con algunos centenares de profesores acompañados de sus familias, y tendréis la ciudad ideal, anticipo de un futuro ansiado, en que presidirá las relaciones humanas un elevado espíritu comunal. Por las noches las casitas y los edificios se iluminan, las viviendas de los profesores se abren, y éstos, con sus esposas, hacen de amables anfitriones. La charla familiar, la velada, el baile, el teatro de aficionados, la conferencia, la visita ocasional de los grandes hombres de la nación, mantienen vivo el espíritu social en esas comunas excepcionales.

Sorprende el número de edificios con que en general cuenta una Universidad americana; entre nosotros una Universidad es un aula o conjunto de ellas; allá las universidades son verdaderas metrópolis de la juventud, capitales de su reino de optimismo y de generosidad ilustrada.

Si el mundo estuviera poblado por jóvenes de veinte años, las ideas, las costumbres y las instituciones tendrían otro aspecto: para decirlo en dos palabras, parecería una vasta Universidad americana. Habría más entusiasmo y más tolerancia; más audacia y más energía; las ambiciones tendrían como objeto las cosas antes que las personas; los ideales aparecerían más depurados. En nuestra civilización latina, esta vida de la juventud no se percibe, diluída como se halla en la sociedad heterogénea que la descolora; pero en aquellos gigantescos viveros de jóvenes todo lo que es suyo tiene su dignidad reconocida y puede expresarse en la acción. Aquellos centros son algo augusto de la vida de la nación: son los órganos nobles del organismo social, protegidos como tales del contacto de los intereses vulgares.

\* \* \*

—¿Alumnos suyos?—pregunté al profesor.